

mos la conducta que deben aprobar. Hagámonos familiar la máxima: ¿Qué dirán los hombres de mí, después de mi muerte? Que ella nos sirva de poderoso remedio para curarnos de nuestros vicios y afirmarnos en la virtud. Tomemos sobre esta materia algunas resoluciones particulares.

En fin, después de un largo paseo por las calles de la ciudad, el acompañamiento fúnebre llega á la iglesia ó al cementerio, y se detiene al borde de la fosa que debe recibir al difunto. Entonces el sacerdote canta la antifona siguiente: *“Santos de Dios venid á su socorro, venid á su encuentro, ángeles del Señor, recibid su alma y presentadla ante el Altísimo; que Jesucristo, que os ha llamado, os reciba, y que los ángeles os conduzcan al seno de Abraham. Que esta tumba sea santificada. En el nombre del Padre † y del Hijo † y del Espíritu Santo † Así sea.”*

¡Oh alma mía! mientras el sacerdote llame en tu auxilio á los ángeles y santos, ¿cómo desearías haber honrado á tu ángel de la guarda? ¿Qué culto querrias haber tributado á tus santos patronos y sobre todo á la Santísima Virgen? Las oraciones que los otros les dirijan después de tu muerte, para implorar su asistencia en tu favor, serán menos eficaces

si, durante tu vida, tú no te cuidaste de manifestarles todos los días una devoción constante y merecer así su protección. Determina, pues, desde hoy, con qué actos de piedad y culto religioso te propones honrar en lo venidero á tus santos patronos, particularmente á los de la buena muerte. Aplícate á aprovechar el divino consejo de este buen Maestro: *Haced amigos, á fin de que cuando falléis os reciban en los tabernáculos eternos.* Hé aquí lo que teníamos que decir de las ceremonias que preceden al sepelio.

ARTÍCULO II

Ceremonias después del sepelio

1.º Mientras el sacerdote recita la siguiente oración, el cuerpo con el ataúd que le encierra será puesto en el sepul-

Recibe ¡oh tierra! lo que te perece. *“Recibe ¡oh tierra! lo que te perece. Que Dios se digne recibir lo que es suyo. El cuerpo fué formado de la tierra, el alma fué inspirada de lo alto.”* ¡Oh tristes palabras! *el cuerpo fué formado de la tierra, el espíritu fué inspirado de lo alto;* y no obstante este espíritu inmortal se ha sujetado á una indigna servidumbre bajo este cuerpo de tierra; en todas partes y siempre el señor ha estado sujeto al esclavo, la razón

á la concupiscencia y el alma á la carne. Si mi cuerpo era demasiado terrestre, demasiado sensual, demasiado animal; que se convierta en podredumbre, que sea reducido á polvo, este cuerpo que no es más que ceniza y polvo; que la tierra vuelva á tomar lo que le pertenece. Mas ¿no volverá Dios á tomar lo que es suyo, ó al menos lo que debía serlo? ¡Oh alma mía! ¿á quién perteneces tú, á Dios ó al demonio, á Jesucristo ó al mundo? ¿Qué imagen representas en tu vida y tus costumbres? ¿A quién has consagrado tus servicios, á la Iglesia ó al dinero de quien eres propiedad? Desprendida de tu cuerpo al salir de este mundo, ¿por quién vas á ser recibida? ¡Desgraciados de nosotros! si á estas palabras del sacerdote: *que Dios se digne recibir lo que es suyo*, una voz de maldición añade: *Yo no os he conocido jamás*¹. *Yo no soy vuestro Señor; vosotros no sois mis siervos. ¿Qué parte pretendéis tener cerca de Dios?* Serviros, Señor, es reinar; yo soy vuestro, quiero ser eternamente para vos; que maldita y castigada sea por el fuego toda acción que yo no os dedicase á Vos con una intención pura.

2.º El sacerdote arroja agua bendita en el ataúd y sobre la fosa, diciendo: *Que Dios refrigere vuestra alma con un ce-*

¹ Mat 7. 25.

lestial rocío, en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo. Así sea.

Mas, esta aspersión, ¿qué refrigerio hará descender sobre los braseros expiatorios donde padece un alma que durante su vida no tomó el agua bendita más que por costumbre y sin ningún sentimiento de piedad?

Después de la aspersión, el sacerdote incensa la fosa y dice: *Que Dios embalsame vuestra alma con un celestial olor*, en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo. Así sea. ¡Oh, hombre! después de tu muerte, tu cuerpo no exhalará más que un hedor infecto; mas tu alma ¿qué olor dejará tras sí? ¿Será el olor del buen ejemplo y de la virtud? *¿O en lugar de los perfumes de la santidad, derramará el fétido hedor¹ de los vicios?* ¡Desgraciados de aquellos padres cuyos hijos depravados perpetúan sus iniquidades! ¡desgraciados de todos aquellos cuyos libros, cuadros, cantos obscenos, costumbres desordenadas, las palabras, las acciones y las máximas culpables no son más que un pecado continuo que contribuye aun después de su muerte, por el contagio de su mal olor, á multiplicar los crímenes en el mundo y á llenar el infierno de réprobos! En cuanto á nosotros, vivamos de manera

¹ Isai 5. 24.

que podamos decir con el Apóstol, aun después de nuestra muerte: *Nosotros somos el buen olor de Jesucristo.*

3.º El sacerdote toma con una pala un poco de tierra y la arroja al ataúd pronunciando estas palabras: *Acuérdate, hombre, de que eres polvo, y polvo te has de volver.* Escucha: eres polvo y te ensoberbeces. Volverás á ser polvo, y temes ser despreciado. Eres polvo y te atreves á ultrajar al Todopoderoso. Te volverás polvo, y cuidas tu carne como para preparar á los gusanos un pasto más delicado. ¿Es justo, te pregunto, que tu espíritu inmortal perezca por este polvo? ¡Oh, alma criada para el cielo! ¿es á fin de ser desgraciada por toda la eternidad por lo que tan delicadamente tratas á este barro? ¡Ah! yo te conjuro, ¡oh, hombre! á que te acuerdes de que eres polvo, y polvo te has de volver.

Cuando te levantes impulsado por tu orgullo, por la ambición y la vanagloria, acuérdate de que eres polvo, y polvo te volverás. Cuando te abandones á los movimientos de la cólera, del odio y de la venganza, acuérdate de que eres polvo, y te volverás polvo. Cuando el amor desordenado de tu propio cuerpo ó de alguna otra persona encienda un fuego culpable en tu corazón, acuérdate que esta carne que despierta tu concupis-

cia, no es más que polvo y polvo se ha de volver. ¡Oh! si arrojásemos muchas veces este polvo sobre las llamas de nuestras pasiones, muy pronto las veríamos extinguidas.

4.º Por último, el sacerdote toma una pequeña cruz de madera y bendice tres veces la fosa; después la planta sobre la tierra que cubre el ataúd, diciendo: *Que el signo de Jesucristo, nuestro Salvador, que nos rescató en la cruz, sea impreso sobre vos; y que el Señor no permita que el ángel exterminador venga á heriros con la muerte eterna. Que la paz sea con vos.* Mas, ¿de qué servirá esta cruz puesta sobre nuestro sepulcro si somos del número de aquéllos que el apóstol llorando llama los enemigos de la cruz de Jesucristo que hacen su dios de su vientre,¹ que á ejemplo de los demonios huyen de las cruces más ligeras, y á la primera adversidad se desahogan de una manera tan poco cristiana en quejas y murmuraciones?

Examinemos con qué igualdad de alma soportamos las aflicciones que Dios nos envía. Ellas son como otras tantas porciones de la cruz de Jesucristo. De hoy en adelante, recibámoslas sin quejarnos, con paciencia y aun con gozo y acción de gracias, en el deseo de padecer aun

¹ Filip. 3. 18 y 19.

más y con la firme persuasión de que lo que padecemos no es nada en comparación de las penas del purgatorio, que hemos merecido; nada en comparación de los tormentos que Jesucristo padeció por nosotros, nada en comparación de los goces del cielo, de los cuales las aflicciones no hacen más que acrecentar la plenitud.

Escribamos por epitafio sobre nuestro sepulcro este breve compendio de la historia de nuestra vida: "Aquí yace un muerto que, mientras vivió, hizo mucho mal y poco bien, y ese poco no lo hizo bien hecho."

5.º Terminadas estas ceremonias, el sacerdote y el clero vuelven á la sacristía; todo el mundo, los amigos, los allegados y los parientes regresan á sus casas. Ni uno solo queda con vos para acompañaros al sepulcro ó al juicio; ninguno de aquéllos que habían jurado permanecer inseparablemente unidos á vos y por cuyo amor habéis ofendido tantas veces á Dios, y cargado vuestra alma de pecados. Todos se apresuran á huir, á alejarse y á desembarazarse de vuestro recuerdo. Como el humo de los cirios fúnebres huye cuando éstos se apagan, se extingue, se disipa, no aparece más; así ha desaparecido su amistad; con el sonido de la campana se ha des-

vanecido el recuerdo del difunto; su memoria ha cesado con ese sonido¹ lúgubre. Todos sus antiguos amigos dejan sin inquietarse que el cuerpo se pudra en el sepulcro y arda el alma en el purgatorio, y dicen ahora en su indiferencia lo que los fariseos respondieron al traidor Judas: *¿Qué nos importa? Eso es cuenta tuya.*² ¿Qué nos importa lo que tú responderás á Dios y cómo podrás escapar de sus manos? Eso es cuenta tuya.

Y apesar de esa insensibilidad de los hombres, ¿llevaríamos la locura hasta querer adquirir su amistad al precio de la amistad de Dios, y ofender á Dios por no contristar á un hombre, é inquietarnos poco de desagradar á Cristo por no desagradar á los amigos y á los compañeros? ¡Ah! ¡venid, viles esclavos del respeto humano, de ese desgraciado vicio contra el cual nunca combatiremos bastante! venid ahora que habéis caído entre las manos de Dios, cuya amistad habéis estimado menos que el favor de los hombres; llamad en vuestro auxilio á vuestros compañeros y á vuestros amigos, *que éstos se levanten para socorremos* ahora que vuestro juez irritado ha entrado en juicio contra vosotros y las llamas ven-

¹ Sal. 9. 7.

² Mat. 2. 7. 4

gadoras están encendidas; *que os protejan en vuestras angustias;*¹ que os arranquen de las manos del Todopoderoso, á quien habéis ofendido por no desagradarles!

¡Oh, palabras de blasfemia! ¡que yo sea enemigo de Dios, con tal que no sea enemigo del hombre; que yo desagrade á Dios, con tal que no desagrade al hombre; que yo pierda la amistad de Dios, con tal que no pierda la gracia y la amistad del hombre; que yo ofenda á Dios, con tal que no ofenda al hombre! ¡Oh! ¿quién no temblaría de horror oyendo tales impiedades? Y no obstante nosotros usamos aún implícitamente este lenguaje siempre que por agradar á los hombres ofendimos á Dios, siempre que cediendo al respeto humano, nos abstuvimos de hacer el bien por el temor de ser burlados ó hicimos el mal por el deseo de ser aplaudidos.

¿Qué hice yo, Señor, cuando preferí el favor de los hombres á vuestra gracia, cuando, por no desagradar al hombre, que no es más que *un vapor que aparece un instante,*² he ofendido *al que puede precipitar el alma y el cuerpo en el infierno?*³ ¡Ah! ¡detesto mi locura; que

¹ Deut 32. 38.

² Sau. 4. 15.

³ Mat 10. 28.

mil penas no castigarían bastante! Me arrepiento, ¡oh Jesús mio! de mi culpable audacia, y maldigo el inicuo juicio por el cual he puesto vuestra amistad por bajo de la del hombre. Vos sois, Señor, si, vos sois el único y verdadero amigo, el único que no abandona en la necesidad. Yo no quiero servir desde ahora á otro que á vos, ni amar á otro que á vos; quiero preferir vuestra amistad á todos los tesoros del mundo. Que los otros se burlen de mí, que me pongan en ridículo, con tal que vos no me insulteis á la hora de mi muerte; que ellos se me ofendan y me muestren con el dedo, que yo sea el objeto de sus malignas burlas. ¿Qué mal pueden éstos hacerme si obtengo vuestro amor, vuestra protección y vuestra estimación? Tomo por testigo á toda la corte celestial de que quiero desde ahora abjurar, detestar y maldecir todo respeto humano. En presencia de la Majestad divina, con toda la plenitud de mi razón y toda la energía de mi voluntad, renuncio para siempre, libremente y con plena voluntad, al indigno idolo: *¿Qué dirán los hombres?* Jamás el temor de desagradarles me apartará del bien, y jamás cometeré el mal con la intención de agradarles. Que mi lengua se pegue á mi paladar, antes que pronuncie una sola palabra para atraerme la

alabanza de los otros; que mi mano se seque antes que yo me incline á ninguna acción que se busque aunque sea poco por el detestable respeto humano.

6.º Después de haber meditado las ceremonias de la Iglesia y las otras circunstancias que acompañan nuestro entierro, figurémonos que Dios, después de nuestra muerte, se ha dignado volvernos á llamar á la vida. Imaginémonos que nuestro Angel de la guarda ha sacado nuestra alma del purgatorio, que la ha conducido á nuestro sepulcro, y que allí ha dirigido este reproche. *Ha sido la higuera estéril del Evangelio,*¹ en la cual el Señor no encontró frutos, que inútilmente cargó la tierra con su peso, que no ha arrojado en derredor de sí más que una sombra dañosa; por esto el divino Padre ordenó que cayera bajo la segur vengadora y que fuese arrojada en las llamas de un fuego expiatorio. No obstante, María, la Madre de las misericordias, ha intercedido por tí, ha suplicado con insistencia que se te concediese tomar tu cuerpo, volver á la vida y tener una prolongación de tiempo para merecer. Puedes, pues, volver al mundo y comenzar una vida mejor. Mas cuida de no abusar de esta nueva gracia, porque tu pérdida será entonces irreparable.

¹ Luc. 13.

*La segur está en la raíz del árbol.*¹ Si no haces dignos frutos de penitencia, si no cambias de conducta, si no vives más santamente, esto es hecho: serás como el árbol estéril cortado y arrojado al fuego. Penetrado de temor, ve pues, reúnete á tu cuerpo, júntate á tus miembros, sal del sepulcro, y vuelto de la eternidad al mundo, comienza una nueva vida, una vida santa, vive como viviría un hombre salido de entre los muertos; vive con la certidumbre de que dentro de un mes morirás segunda vez.

A este favor inesperado, ¿cuáles serían los pensamientos, los sentimientos y las disposiciones de nuestra alma? ¿Cómo viviríamos si, después de nuestra muerte, se nos concediese la vuelta á la vida? ¿Con qué fervor no volveríamos á comenzar esta vida nueva? Y si supiésemos que debemos morir al cabo de un mes, ¿cómo lo pasaríamos? ¿Con qué devoción nos santificaríamos todos los días? ¿Cuánta atención tendríamos en la oración? ¿Cuánta contrición en el Sacramento de la penitencia? ¿Cuánto amor á la Eucaristía? ¿Qué caridad y modestia en las relaciones con nuestro prójimo? ¿Cómo trataríamos nuestro cuerpo, emplearíamos el tiempo y haríamos á todas horas nuestras ocupaciones?

¹ Luc. 3 9.

Comenzemos desde ahora á vivir como viviríamos entonces; y si sucediese que el mes presente fuese el último de nuestra vida, lo que puede realmente ocurrir, entonces nos regocijaremos de haber arreglado así nuestra conducta. Si por el contrario, nuestra vida se prolonga, no nos arrepentiremos de nuestra previsión; podemos estar seguros de que no tendremos ningún pesar. La mayor parte de nuestra vida se ha pasado ya: la porción que nos resta es muy corta; empleémosla, pues, con más fervor. Trabajemos por el cielo, trabajemos por la eternidad: no perdamos ni un momento; apliquémonos, por un santo uso del tiempo presente, á rescatar el tiempo pasado y á reparar las pérdidas que hemos tenido. Imitemos al viajero que redobla el paso por la noche para recobrar de ese modo lo que la lentitud de su marcha le ha hecho perder durante el día. *Todo lo que nuestra mano pueda hacer, hagámoslo prontamente;*¹ comencemos nuestra conversión por algún acto heroico, mas sobre todo seamos constantes en cumplir las resoluciones que hayamos tomado. Vamos, alenémonos un poco, inauguremos por una acción de generosidad y de valor la enmienda de nuestra vida: un solo acto de este género vale más que otros mil que

¹ Eclé 9 10

cuesten menos á nuestra debilidad; por otra parte, el comenzar bien es haber hecho la mitad de la tarea.

Para practicar este consejo, no conozco medio más noble, más conforme con los sentimientos de una alma elevada, más eficaz, en fin, que el de un ardiente amor por Dios; porque nada parece difícil, duro ni penoso á un corazón que ama.

Sobre todo tenemos dos motivos que nos instan á inflamarnos en este divino amor; estos son: 1.º los beneficios infinitos de Dios para con nosotros; 2.º el amor infinito que nos profesa.

En primer lugar, Dios nos ha colmado de beneficios, cuya utilidad y valor nada iguala; de beneficios verdaderamente inestimables si se considera la majestad del que da, la bajeza del que recibe, la grandeza del don y la manera como se ha otorgado.

En segundo lugar, Dios nos ama. Dios... este Dios que se basta á sí mismo y que, plenamente dichoso en sí, no tiene necesidad de ninguna criatura, nos ama, á nosotros que no somos más que un puñado de cenizas y un puro nada, compuesto de vicios y de crímenes; Dios nos ama, sin mérito de nuestra parte, y aun cuando haya previsto nuestros innumerables pecados, nos ha preferido á otros mejores, que le hubieran servido con más fer-

vor. Nos ama con un amor eterno, de manera que El no se amó antes de amarnos; y nos amará tanto tiempo como á sí mismo; con un amor infinito, con el amor con que se ama á sí propio, con todo su ser y con la plenitud infinita de su divina esencia, con un amor desinteresado y sin utilidad para El, puesto que no tiene ninguna necesidad de nosotros.

He aquí cómo nos ama. ¿Y nosotros nos negáramos á probar por un acto heroico nuestro amor y nuestro reconocimiento á este Dios tan lleno de caridad y tan benévolo con nosotros? ¡Ingratos! Parece que Dios ha querido reunir contra nosotros todos sus beneficios como un numeroso ejército, á fin de domar la dureza de nuestros corazones; *nos ha rodeado y como sitiado con sus misericordias y sus gracias*,¹ á fin de vencer nuestro corazón y obtener una justa reciprocidad de afecto. Este Dios de los corazones, este Dios infinitamente adorable, nos ama con el amor más benévolo; no hay cosa que no esté pronto á hacer ó padecer para obligarnos á devolverle amor por amor, y no obstante nosotros permanecemos entorpecidos por una fría indiferencia. Amamos á un hombre que nos ama, y no amamos á un Dios que nos ama sin medida y que nos colma de beneficios. Que

Sal. 192 4.

un hombre tenga por nosotros algún afecto, y no nos atrevemos á negarle nuestro amor. Dios nos abraza, nos ama, nos estrecha contra su pecho, nos enriquece con innumerables favores, y nosotros no le pagamos ese amor. Dios crea el mundo, padece la muerte, instituye la Eucaristía, prodiga milagro sobre milagro, desciende, hasta solicitar nuestro amor, y nuestro corazón no le ama. Agota su sabiduría y su omnipotencia para manifestarnos su ternura, de tal manera, que si nosotros fuésemos el dios de Dios, si toda su felicidad dependiese de nuestro amor, no podría amarnos con más ardor, ni hacer más por nosotros; y, no obstante, nosotros languidecemos en una tibieza indigna, y á nuestra flojedad parece demasiado penoso hacer por lo menos un acto generoso para probar al mejor de los amigos la sinceridad de nuestro amor.

¡Oh cielos! Dios ama al hombre y el hombre no ama á Dios! Esta majestad suprema, esta divinidad que se basta en su propia riqueza, este Dios dichoso en sí mismo y que no tiene necesidad de ninguna criatura, este Dios ama al hombre, vil ser cubierto de barro, pasto de los gusanos, ceniza y nada, y no obstante el hombre no ama á Dios. ¡Oh mortales! ¿á quién, pues, amaremos? ¿en

quién pondremos nuestros afectos? ¡Cómo! ¡el soberano Bien ama nuestra nada y nuestra nada no ama al soberano Bien!

¡Oh Dios mío! vos habeis dirigido sobre mí las miradas infinitamente amables de vuestra ternura, ¡y yo no me acuerdo de vos! Vos no habeis hecho más que colmarme de vuestros favores, y yo acumulo mis malicias contra vos! vos habeis muerto por amor mío, y yo me niego á ganar por agradaros la poco costosa victoria de sacrificaros tal ó cual criatura! ¡Oh detestable insensibilidad digna de los más rigurosos castigos!

¡Oh Dios, generoso amante de nuestros corazones, reconozco mi ingratitude y me ruborizo de vergüenza delante de Ti! ¡Ah! yo no he amado al amor, no he amado, antes he ofendido á un Dios tan bondadoso para conmigo, á un Dios que me ha amado sin medida; á tantos beneficios no he opuesto más que ofensas, no he pagado tanto amor más que con indignos desprecios! pero ya me arrepiento; quebrantado de dolor detesto mi dureza y mis manos rinden las armas. Habeis vencido, ¡oh amor! habeis vencido. Os doy mi corazón y os consagro mis afectos; de hoy en adelante os amaré, ¡oh Dios mío! y os amaré con tanto más ardor cuanto que comienzo más tarde á amaros.

Yo os amo, sí, os amo, ¡oh amabilidad, oh bondad, oh belleza infinita! os amo únicamente por vos. Ni la esperanza de las recompensas ni el temor de los castigos dirigen mi corazón; os amo por vos solo, porque sois el soberano bien, digno del amor infinito. Voy á comenzar por tal ó cual acto heroico de una vida más regular, á fin de probar mi amor por mis obras. ¡Oh Dios mío! concededme la gracia de vivir en lo venidero como viviría un hombre arrancado por vuestra misericordia de los lazos de la muerte, libertado del purgatorio y vuelto á este mundo. Haced que yo muera en vuestro santo amor, y que á lo menos concluya mi vida amándoos, pues que no la he comenzado por amaros. Haced que, habiendo meditado religiosamente las ceremonias que practica la Iglesia antes y después del sepelio de los fieles, viva yo con tan gran cuidado de mi salvación que no sea sepultado en el infierno con el mal rico, sino que más bien sea llevado con Lázaro al seno de Abrahám, y que mi cuerpo, saliendo un día glorioso del sepulcro, vaya también á tomar parte en la felicidad eterna.

